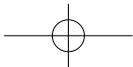
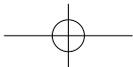


Garret





Capítulo Uno

Estaban llegando.

Sarah Anne se quedó mirando ladera abajo; en su visión nocturna, los árboles y las rocas se proyectaban en un fuerte contraste en blanco y negro con tenues toques plateados. Por entre la niebla en movimiento observó jirones de oscuridad más profunda que se entretreían en las sombras naturales. Hombres lobo. Mordiéndose los labios, se volvió a mirar por encima del hombro hacia las mujeres y los niños que estaban en la cueva. Se había esforzado mucho en mantenerlos a salvo, pero ya no les quedaba escapatoria. Iban a tener que luchar.

Miró hacia arriba y luego hacia abajo. Por lo menos el barranco escarpado que rodeaba su escondrijo les daría algo de ventaja. Josiah, su hijo de cinco años, se acercó a ella, con su hermana inevitablemente a rastras, y miró hacia abajo. Habría sido demasiado esperar que no viera lo que ella estaba viendo. Gruñó, y sus pequeños colmillos blancos centellearon en la oscuridad. Por más que fuera medio humano, era lobo hasta la médula en todos los aspectos, con los sentidos tan agudos, ya desde tan temprano, que ella estaba empezando a preguntarse si no sería portador de una herencia más profunda: la del Protector. Si estuviera en la Manada, lo asesorarían, lo protegerían, lo entrenarían. Pero no lo estaba, por decisión de ella. Sarah Anne bajó la mano hacia su cabecita, la desesperación corriéndole por las venas como una pesadilla hecha realidad. Tenía que mantenerlo a salvo.

Su hija de tres años, Meg, tan humana como su padre —menuda y delicada, muy vulnerable—, se aferró a la mano de su hermano y dio nombre al sentimiento que se respiraba en la cueva:

—Mami, miedo.

Ella también lo tenía.

—No hay que tener miedo. Nos hemos preparado.

Tres mujeres, armadas con unas pocas pistolas, sus municiones y su instinto de protección maternal, iban a mantener a raya a diez soldados hombres lobo. No tenían a quién encomendarse. Teri y Rachel dejaron los fardos que estaban organizando y se acercaron. El suave roce de sus pies sobre el suelo de tierra le arañaba los nervios como una acusación. En Rachel, una mujer lobo sin mezcla, Sarah Anne no detectó emoción alguna, pero de Teri le llegaron todo tipo de efluvios delatores. Miedo, ira, determinación.

—¿Son los McGowan? —preguntó Teri desde detrás de ella.

—No.

La promesa de ayuda de la Manada Haven no había sido más que otro espejismo rutilante. Estaba sola, como lo había estado siempre desde el día en que se volvió evidente que sus genes contaminados habían dejado huella. Había escapado al mundo humano para evitar esa persecución, que sin embargo la había alcanzado de todas formas, y ahora estaba poniendo en peligro a sus hijos.

Teri giró sobre el tacón de sus botas.

—Voy a traer las armas.

Sarah Anne cruzó una mirada con Rachel. Como humana que era, Teri no tenía ni idea de a qué se enfrentaban. Las armas retrasarían, pero no impedirían, lo inevitable.

Rachel contempló cómo se retiraba Teri con los ojos casi dorados entrecerrándosele de preocupación.

—Quizá deberíamos decírselo.

Sarah Anne se encogió de hombros y se llevó a Meg hacia atrás.

—Ya cree que los hombres lobo son monstruos. No tiene sentido demostrárselo y sacarla de dudas. Y menos cuando tenemos que luchar.

No podían permitirse que Teri se viniera abajo en ese momento. Había sido increíblemente fuerte durante el último par de meses, pero era fácil darse cuenta de que la tensión le estaba destrozando los nervios.

—No estaría aquí de ningún modo si no fuera porque está embarazada.

—Y no estaría embarazada de ningún modo si no fuera por ellos —con un gesto de la mano, Sarah Anne abarcó a la escoria invasora. Ella no diría que eran soldados. Los soldados lobo no violaban. Los

soldados lobo tenían honor. Integridad. Protegían a las mujeres. No abusaban de ellas.

A sus espaldas, la oyeron cargar una escopeta. Sarah Anne se dio la vuelta al mismo tiempo que Rachel.

—Ya te lo dije antes, tú no tienes la culpa de lo que pasó.

Teri estaba allí de pie, con las piernas separadas, la escopeta en una mano y un rifle en la otra; el pelo negro corto y alborotado y los ojos verdes rasgados le daban el aspecto de un duende que se hubiera vuelto malo. Purpúreas hileras de cicatrices recién curadas le asomaban por debajo del cuello vuelto negro, completando la estampa. La lástima volvió a invadir a Sarah Anne al fijarse en esos surcos. Y, justo a continuación, la culpa. Lo único que había conseguido con salir huyendo era poner en peligro a los que amaba.

—No te habrían encontrado si no llega a ser por mí.

Teri le tendió la escopeta a Sarah Anne.

—Eso es ridículo.

Siendo humana, no había forma de que Teri pudiera entender el sentimiento de unión y responsabilidad propio de la cultura de los hombres lobo. Lo que hiciera un miembro de la Manada, bueno o malo, repercutía en todos ellos. Y las maldades cometidas con Teri habían sido perpetradas por miembros de la Manada de Sarah Anne.

—Aun así, yo me siento culpable.

—Bueno, pues deja de sentirte así. No cambiaría nuestra amistad por nada en el mundo.

En su aroma se olía la mentira. Si Teri pudiera, retrocedería en el tiempo y borraría esa amistad que la había expuesto a los lobos que olieron su rastro, la reconocieron como hembra fértil y la violaron, actuando por instinto más que por lógica. Los niños híbridos no tenían ningún valor. A Sarah Anne le resultaba tan difícil culparla como tratar de rebatir sus argumentos. Aquella mujer acababa de recuperar el equilibrio emocional. Y, extrañamente, su embarazo le había dado los medios para lograrlo.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Rachel, con su tranquilidad habitual y sus modales tan contenidos como el moño en el que se recogía siempre el largo pelo negro. Pasara lo que pasase, Rachel conservaba siempre la serenidad.

—El mismo que antes, pegarles un tiro a todos los que podamos.

Teri sonrió con frialdad:

—Por mí, vale.

Sarah Anne le echó una mirada a Teri. Si estaba aterrorizada, lo disimulaba bien.

—Acordaos de disparar a los órganos vitales y al cerebro. Hay que hacerle a cada uno todo el daño que se pueda. Con los lobos no se acaba fácilmente.

Sólo una serie catastrófica de lesiones podía sobreponerse a la capacidad de curación de un hombre lobo.

Teri sonrió:

—Esto se me va a dar bien.

Las cicatrices eran la punta del iceberg por lo que respecta a las heridas que Teri había sufrido. A Sarah Anne no le cabía la menor duda de que se le iba a dar muy bien cualquier cosa que tuviera que ver con deshacerse de algún lobo macho. Examinó detenidamente los indicios. Las sombras se deslizaban cada vez más cerca. De momento sólo diez, por lo que alcanzaba a apreciar; aunque también podrían ser cien.

—Rachel.

—Ya lo sé.

De todas formas necesitaba decirlo:

—No dejes que cojan a mi hijo.

Rachel le puso la mano en el hombro a Sarah Anne. Todos sus poros, toda su aura, irradiaban consuelo. Sarah Anne no sabía cómo hacía Rachel para mantener la esperanza.

—No se torcerán tanto las cosas.

Pero ya estaban muy torcidas.

—Coge a Josiah, transformaos, salid por la entrada lateral y corred como alma que lleva el diablo.

Rachel le agarró la mano a Josiah:

—Igual puedo llevarme a...

Sarah Anne negó con la cabeza:

—Eso ya lo hemos hablado. Tú no puedes con Meg, y ella no puede transformarse —igual que su madre—. Nunca sería capaz de mantener vuestro paso.

Meg, al oír su nombre, notando la tensión, se puso a hacer pucheros y a patalear.

—¡Quiero 'Osiah!

Todos los instintos de Sarah Anne se hacían eco del llanto de Meg. Quería mantener a su hijo a su alcance, donde ella pudiese in-

tervenir en su destino. Sarah Anne abrazó a Meg contra sus piernas, pasándole una y otra vez las manos por las costillas diminutas. ¿Cómo se suponía que debía tomar semejante decisión? Observó las figuras que se iban acercando; el viento le traía el hedor de su efluvio; y entonces lo supo. Simple y llanamente.

—Josiah se va con Tía Rachel.

—No.

Se encontró con la mirada fija de Josiah. Algún día sería un Alfa, quizá incluso un Protector, pero por el momento era un niño, y sostenerle la mirada a su madre estaba por encima de su capacidad; aunque no por mucho.

—Te vas con Rachel, Josiah. Haz todo lo que ella te diga y haz que tu padre se sienta orgulloso de ti.

Él plantó los piecitos separados, en línea con los hombros. Un gruñido le retumbó en el pecho cuando abrió las ventanas de la nariz, olfateando el aviso de peligro que cabalgaba en el viento.

—No te voy a abandonar.

Sarah Anne parpadeó ante la visión anticipada del hombre que sería algún día. Su padre habría estado más que orgulloso. Pasando suavemente la mano por el intenso color chocolate de su pelo, volvió a parpadear, esta vez del esfuerzo de aguantarse las lágrimas.

—Tienes que irte. Rachel también necesita protección y no tengo a nadie más que pueda ir con ella.

Josiah apretó la barbilla.

—Se puede quedar aquí.

También había sacado la tozudez de la madre.

—No, no puede. Tiene que llevar un mensaje importante a la Manada Haven.

—Te necesito, Josiah —intervino Rachel.

A Josiah le empezó a temblar la barbilla; de repente volvía a ser un niño pequeño. Su niñito, que estaba intentando con todas sus fuerzas no tener miedo mientras ella le pedía lo imposible. Meg se abrazó a su pierna y miró hacia arriba, los ojos de color miel rebosantes de fe en que su madre podía hacer milagros.

—Mami, por favor...

Sarah Anne oyó el leve rumor del roce de la ropa contra la maleza al acercarse los soldados. Se les había acabado el tiempo. Cogió a Josiah y lo atrajo hacia sí, agachándose para abrazar con fuerza a su hijo y a su hija una última vez —eran su vida, su futuro—, aspirando

su aroma familiar, repasando mentalmente todos los buenos recuerdos que pudo encontrar, juntándolos en ese momento, por si no hubiera otro.

—Recuerda quién eres, Josiah —le susurró en el pelo.

Él asintió, mientras la lágrima que no quería que su madre viera se filtraba hacia ella a través del fino algodón de su camisa.

—Soy un Protector.

Estaba tan convencido de aquello.

—Y un Stone. Jamás lo olvides ni pienses que no es una parte valiosa de ti.

Volvió a asentir.

—Tenemos que irnos ya, Sarah Anne —intervino Rachel en voz baja.

Con un último achuchón, Sarah Anne dejó marchar a Josiah.

—Ten cuidado.

Rachel le puso las manos en los hombros a Josiah con aire protector y una sonrisa pequeña y forzada.

—Aquí la que tiene cuidado soy yo, ¿recuerdas?

Sarah Anne lo recordaba, igual que otras muchas cosas.

Teri miró hacia la entrada.

—Es ahora o nunca, colegas.

Un fogonazo de puro miedo atravesó a Sarah Anne. La huida de Josiah por la entrada lateral tenía que estar perfectamente calculada para que no fuera visto ni olfateado y, aun con los cálculos más precisos, el plan no tenía más que una mínima posibilidad de salir bien. El peso de la imposibilidad le crispó la voz mientras cogía a su hija en brazos.

—Corre muy deprisa, Josiah.

Él asintió, y otra vez parecía un niño pequeño al preguntar:

—¿Y nos encontraremos en la loma sur por la mañana?

Nada más que la muerte podría impedirselo.

—Ése es el plan.

A él le bastó con eso. Sarah Anne cogió a Rachel de la mano cuando ya se iba, haciéndola volverse. Tenía que decirlo.

—Gracias.

Las palabras resultaban muy pobres en comparación con la emoción que sentían. Si salían vivas de ésta, Rachel podría pedirle lo que fuera a Sarah Anne, absolutamente lo que fuera, y Sarah Anne se lo concedería.

Rachel inclinó la cabeza.

—Lo que sea por la hembra Alfa.

—No soy de la Manada —incluso después de siete años, todavía dolía decirlo—. Déjate de Alfas.

Rachel suspiró como si la verdad fuera un engaño. Teri las miró a ambas y sacudió la cabeza.

—Si Manada significa familia, entonces creo que nosotros lo somos —alzó con esfuerzo el rifle—. Y ahora, si no hay más objeción, tengo que hacer un poco de daño.

El eco de los disparos resonaba por todo el cañón.

—No se los puede acusar de falta de valor —murmuró Garret al ver cómo una mujer y un niño se escabullían por la entrada lateral de la cueva, se transformaban y empezaban a correr en perpendicular a la ladera de la colina, disolviéndose en la noche, la hembra protegiendo al cachorro. Los disparos del interior se redoblaron hasta convertirse en ráfagas, sin duda con la esperanza de distraer la atención del grupo principal.

A su espalda, Cur soltó un rugido al ver que dos sombras más grandes se arrastraban noche adentro detrás de la mujer y del niño.

—A la mujer y al niño no se los puede acusar de nada, pero a esos hijos de su madre que los vienen persiguiendo no veas las ganas que les tengo.

Se llevó la mano al transmisor que tenía acoplado a la oreja.

—Daire, tenemos dos amiguitos peludos que se dirigen hacia ti.

La inconfundible voz de ultratumba de Daire resonó en la línea que comunicaba a los cinco Protectores de esta misión.

—Los tengo.

—Traen compañía detrás.

—Muy bien —dijo Daire tras soltar un gruñido de satisfacción.

—Me alegro de saber que su reputación no es infundada —rugió Cur por la frecuencia privada que tenían Garret y él al ver cómo Daire abría el ángulo para cortarles el paso a dos soldados que se dirigían hacia la entrada lateral.

Garret estaba de acuerdo. Se movió hacia la izquierda para flanquear a los dos soldados que constituían su objetivo. La escoria aún no lo sabía, pero estaban rodeados.

—Yo me alegro de que esté de nuestro lado.

Daire era un grandísimo hijo de puta, incluso para ser hombre lobo, y llevaba sus antecedentes violentos marcados en las cicatrices de su cuerpo. Es muy difícil hacerle una cicatriz a un hombre lobo.

—Yo creía que al independizarse se había vuelto un renegado.

—No estoy yo tan seguro de que no fuese así.

No estaba seguro de nada tocante a esta nueva Manada y, menos aún, de los motivos que habían llevado a Daire a unirse a esta misión. Sus razones y las de Cur eran fácilmente comprensibles. Ninguno de los dos había elegido pertenecer a los descarriados y, cuando los McGowan se acercaron a ellos en el bar y les ofrecieron alcanzar el estatus de miembros de la Manada, no lo dudaron, aceptaron enseguida. Los McGowan eran una leyenda. Fieros luchadores. Protectores de la vieja escuela, de los que anteponían la Manada y el honor a todo lo demás. Para cualquier Protector habría sido un privilegio que le invitaran a unir fuerzas con los McGowan. Para dos renegados forajidos como Cur y él, era un premio sin parangón.

Abajo había movimiento. Garret apuntó con su rifle a uno de los soldados que se estaban acercando a Kelon McGowan, por si acaso. Volvió a abrir el transmisor a todas las frecuencias.

—Tienes un problema en la cola, Kelon.

Por la mirilla, pudo ver con claridad la sonrisa expectante que centelleó en la cara de Kelon.

—Gracias.

El enemigo se abalanzó directamente sobre la espalda aparentemente desprotegida de Kelon. El Renegado puede que fuera un soldado pero Kelon era un Protector, mucho más rápido, mucho más fuerte y mucho más cabreado. Se dio la vuelta y atrapó al lobo en medio del salto, evitó el zarpazo del soldado por el simple procedimiento de romperle el brazo y, entonces, en la fracción de segundo en que el hombre colgaba indefenso, hizo justicia con una sencillez elegante y letal que dejó a Garret admirado. Cuando recibiera la señal, él haría lo mismo con los dos hombres que le habían sido asignados. Aquellos hombres estaban persiguiendo a mujeres y niños de su nueva Manada. No sobrevivirían a aquella noche.

El sentimiento de estar haciendo lo correcto se intensificó en Garret cuando guardó el rifle en la funda que llevaba a la espalda y se echó para delante, esperando con el oído atento la llamada al combate; su cuerpo bombeaba adrenalina con una urgencia ya fa-

miliar, aumentándole el poder muscular y la agudeza de los sentidos. Era la primera vez que entraba en combate no para defenderse a sí mismo o a un ideal, sino en defensa de su Manada. La satisfacción y el orgullo se mezclaron con sus fríos cálculos mientras se ponía en cuclillas y esperaba, sin perder de vista sus objetivos: uno estaba subiéndolo por la rampa de piedra hacia la entrada de la cueva y el otro escondido detrás de un árbol a tres metros, apuntando con el rifle a la boca de la cueva. Garret sonrió, asomando las garras. Aquel cabrón se iba a quedar sin soltar su disparo.

—¿Todos en sus puestos?

La pregunta de Donovan McGowan le llegó en susurros por el pinganillo.

Cuatro ecos susurraron en respuesta:

—Vamos.

Garret alzó la mirada hacia la cueva. Hasta allí había llegado su segundo objetivo, dedicado fanáticamente a su misión, claramente confiado en ser más poderoso que las mujeres que estaban dentro. Garret no iba a poder esperar mucho más.

De la boca de la cueva brotaba el relámpago de los disparos.

Un segundo más tarde, el grito de guerra de los McGowan hendió la noche, reverberando por todo el valle. Garret saltó sobre el francotirador, y el elemento sorpresa facilitó la matanza. Demasiado sencillo para la avalancha de ira que le corría por las venas. Sin dudar, se unió al grito de guerra que resonaba a su alrededor y corrió colina arriba. Un rastro de miedo femenino bajó con el viento y se ancló en alguna fibra de su interior, empujándolo a seguir hacia delante, acaparando su ira y su interés. Oyó un chillido de bebé y un grito de mujer.

Envío su promesa por delante con un aullido.

Tócalos y te mato.